

bidos á su alta categoría. Trató Teodora de eludir la decision de su esposo; pero Justiniano, con firmeza loable, mandó ejecutar esta medida reparadora, y Silverio fué conducido á Roma.

5. En este intervalo, el diácono Vigilio, vuelto á Italia por aviso de Belisario, habia reunido el clero, y ora por amenazas, ora por seducción, se hizo elegir papa, el 22 de noviembre de dicho año 537, cual si hubiera sido jurídica la deposicion de Silverio. Belisario le habia ayudado en esta usurpacion: mas Vigilio, luego que supo el regreso de Silverio, se concertó con el general de Justiniano en atenerse á las instrucciones secretas de Teodora, seguros de lograr por su medio el perdon del emperador. En su consecuencia, así que llegó san Silverio á Roma, se apoderaron de su persona y le confinaron á la isla de Palmaria, donde el santo pontífice murió de hambre y miseria, el 20 de julio de 538; en cuyo dia le honra la Iglesia en su martirologio. Procopio cuenta diferentemente su muerte, pues que dice que fué asesinado por un soldado llamado Eugenio, á quien Antonina habia enviado con este criminal objeto.

§ II. PONTIFICADO DE VIGILIO (20 de julio de 538-10 de enero de 555).

6. Nada prueba tanto la violencia opresora del poder temporal sobre las elecciones pontificales como el advenimiento [pacífico, aunque irregular] de Vigilio á la silla de san Pedro, en la cual se sentaba un antipapa en vida del mismo legítimo pontífice. En otras circunstancias el clero romano, libre en sus votos, hubiera elegido otro papa; mas en presencia de los ejércitos imperiales y de un general victorioso [parecía prudente ceder á la necesidad y aceptar lo hecho á pesar de su irregularidad]. Vigilio entró pues, á la muerte de san Silverio, en el catálogo de los soberanos pontífices, sin que se sepa haya habido reclamaciones contra su advenimiento. Por lo demás, un nuevo espíritu envistió al reciente papa apenas hubo tomado posesion de la silla de Pedro, por manera que, lleno

de un vigor apostólico, hizo olvidar muy pronto los errores y faltas del diácono. Escribió dos cartas, una á Justiniano, otra á Menas, patriarca legítimo de Constantinopla, las cuales prueban la mas perfecta ortodoxia. Declara que su fe es la misma que la de los papas Celestino, Leon, Hormisdas, Juan y Agapito, sus antecesores: como ellos, recibe los cuatro concilios ecuménicos y la epístola de san Leon Magno; con ellos anatematiza á los partidarios de Eutiques, y nominalmente al intruso Antimo, que se obstinaba en mantenerse aun en la silla patriarcal de Constantinopla, á pesar de los sagrados cánones que se lo prohibian: esto era en 17 de setiembre de 540... [El pontificado de Vigilio no pudo menos de ser blanco de las calumnias de los unos y de guerra á muerte de otros: mucho se ha dicho y escrito contra él: entró mal, pero una vez papa, se portó como un papa; esto es lo cierto.]... La fe de Vigilio, como soberano pontífice, *quedó indefectible*, á pesar de sus anteriores defectos.

7. Estos desgraciados tiempos en que un antipapa se hacia legítimo por la muerte de un santo pontífice á la cual [se decia] habia contribuido, ofrecian bajo el punto de vista político un espectáculo no menos aflictivo. Eternizábase la guerra en Italia. Belisario fué á Constantinopla á recibir los honores del triunfo; y Vitiges, rey de los Godos, iba delante de su carro. El general victorioso puso á los piés de Justiniano los tesoros de la monarquía de los Godos; pero Dios, que queria expiase este imprudente general el maltrato que habia dado á san Silverio, permitió que, en el mayor apogeo de su fortuna, fuese acusado de conspirador para usurpar el trono. Justiniano mandó comparecer á este grande hombre ante su tribunal. El héroe ofendido solo respondió á las demandas del emperador: « Príncipe, cuarenta años de servicios en vuestros ejércitos » y mi constante fidelidad y carácter responden á todas esas » calumnias. Juzgadme empero; castigadme si me hallais delin- » cuente. » Se le confiscaron sus bienes y se le arrestó por algun tiempo: pero reconociendo mas tarde la inocencia del héroe, Justiniano quiso reparar el mal que se le habia hecho. Mas

la injusticia y la ingratitud habian herido profundamente este gran corazon, y murió de melancolía en Constantinopla mismo, en 565. [Es falso cuanto se dice de su ceguera y mendicidad : fué invencion de Juan Tzetzes, escritor oscuro del siglo xii; pero los pintores y estatuarios hallaron en esta invencion asunto patético para sus fantásticas composiciones, y así pasó como verdad histórica lo que solo es una fábula.] El eunuco Narses sucedió á Belisario en Italia, en el mando, mas no en la capacidad ni en la lealtad. Los Godos se iban sublevando por todas partes.

8. En el año 541, Totila habia sido colocado en el trono de Italia, é iba recobrando sucesivamente todas las conquistas de Belisario. Ese Bárbaro coronado principió su carrera militar con inauditas crueldades : campiñas asoladas, poblaciones saqueadas, habitantes pasados á degüello, todos los horrores de la guerra unidos al carácter montaraz y duro de sus soldados, hacian de su nombre el eco del terror y espanto. Pero despues de su entrevista con san Benito, sus costumbres cambiaron repentinamente, y los Napolitanos fueron los primeros que experimentaron cambio tan feliz. Apenas se hallaba reedificada esta desgraciada ciudad, Totila la sitió tan estrechamente, que padecia todos los horrores del hambre y escasez ; por lo cual se rindió á discrecion : el vencedor prometió tratarlos con humanidad, y cumplió tan generosamente su palabra, que prodigó solícitamente alimentos y toda suerte de alivios á los soldados, á quienes propuso alistarse bajo sus banderas á los que quisiesen seguirle, ó embarcarlos él mismo y conducirlos á los puntos que escogiesen, si no querian alistarse en su ejército. — Totila fué inmediatamente á poner sitio á Roma : Vigilio pasó aviso á Justiniano, el cual nada podia remediar por entonces. Pero fué puesto este sitio con tanto aprieto, que el hambre causaba los mayores horrores á muy poco tiempo. Un día, cinco niños pedian llorando pan á su padre ; este les dijo : « Seguidme ; » y conduciéndolos á un puente del Tíber, se embozó y envolvió bien con su capa y se arrojó al río. El pueblo testigo de este acto de desesperacion cerca á sus gene-

rales y les obliga á fuerza de lloros á abrir las puertas á Totila. El rey godo consintió en no tocar á la ciudad hasta la llegada de Pelagio, diácono á quien él mismo habia enviado como embajador á Constantinopla para ofrecer la paz á Justiniano. El emperador no quiso acceder á ninguna proposicion ; y Totila, resuelto á hacer de Roma un prado de pastos, dispersó á todos sus habitantes por la Campania y comenzó á derruir palacios y murallas. Era universal la consternacion, porque la ruina de Roma se hubiera creido como el desplomo del mundo entero. De todos lados acudia infinita gente á san Benito para consultarle en lance tan apretado. « Tened buen ánimo, dijo » el santo, Roma no será destruida por las naciones ; pero » será combatida por las borrascas, y se irá enflaqueciendo » como un árbol que se seca por la raíz. » Totila, en efecto, renunció á su designio : pasó á la Sicilia, Cerdeña y Córcega, que asoló sucesivamente, y en 552 murió en la batalla de *Busta Gallorum* (hoy Lentagio, en los Apeninos) : Narses fué el general romano vencedor.

9. Tambien estaba abrasado en guerras el Oriente. Corroes, rey de Persia, asoló durante veinte años las ciudades y campos de la Siria. En 540 sitió y tomó Antioquía, capital del Oriente, la saqueó, redujo á pavesas, y se llevó cautivos ó esclavos á los habitantes. Los cristianos del Oriente dieron abundantes limosnas para rescatar tantos desgraciados y que volviesen á su patria. A pesar de que esta colecta produjo lo suficiente para rescate de todos, ninguno lo fué, porque un Griego, comandante imperial, se apoderó de todas estas riquezas y se las apropió. Terremotos, hambre y peste se gregaron á los desórdenes de la guerra : parecia que se reunian á la vez todos los azotes del cielo para acelerar la ruina de aquellas grandes ciudades del Oriente, antes tan prósperas y florecientes.

10. En medio de tanto desastre se prologaban tambien las contiendas religiosas. Las obras de Orígenes, ya hechas objeto de controversia desde su aparicion, volvieron á ser en esta época asunto de una discusion viva y animada. Justiniano, que se preciaba de teólogo, intervino en la palestra y por un edicto

condenó los errores que se notaban en las obras de Orígenes sobre seis puntos : la Trinidad, la creacion, la preexistencia de las almas; la animacion de los astros, la resurreccion de los cuerpos, las penas eternas de los condenados. El decreto imperial solo sirvió de animar y agriar mas la contienda, porque los partidarios de Orígenes no reconocian en Justiniano autoridad competente para juzgar en tales materias. [Por lo demás, las doctrinas que los herejes sacaban de los escritos de Orígenes fueron condenadas en el quinto concilio general, del año 553, de que vamos á tratar muy pronto : desde esta época han sido sepultadas en perpetuo olvido.] No disgustó al emperador este desaire, ni por ello dejó de mezclarse en las discusiones teológicas; así es que en 546 publicó nuevo edicto para que los obispos condenasen los *Tres capítulos*. Estos *Tres capítulos*, que con tanto encarnizamiento perseguian los Eutiquianos, eran : *Una profesion de fe de Teodoro, obispo de Mopsuesta; un escrito de Teodoreto, obispo de Ciro, relativo á los doce capítulos de san Cirilo, y una carta escrita por Ibas, obispo católico de Edesa, á un hereje persa llamado Maris*. El concilio Calcedonense habia examinado estos tres escritos, y sin pronunciarse sobre su ortodoxia, tampoco quiso condenarlos nominalmente. Como los Eutiquianos no osaban ya atacar abiertamente al concilio Calcedonense, esperaban llegar á este resultado sorprendiendo su buena fe, moviéndole á que condenase dichos *Tres capítulos*, y en efecto les salió bien este ardid, porque Justiniano publicó en 546, algo mas tarde que el edicto anterior, otro que intituló : *Profesion de fe imperial contra los Tres capítulos*, que dirigió á todo el universo católico : y se terminaba por los tres anatemas siguientes : « ¡ Ana- » tema á quien defendiere á Teodoro de Mopsuesta; anatema » á quien defendiere los escritos de Teodoreto de Ciro; ana- » tema á quien defendiere la carta del obispo Ibas al persa » Maris! » Se obligó á la mayor parte de los obispos católicos del Oriente á suscribir al edicto de Justiniano. Mas el papa Vigilio resistió con evangélica firmeza á las tentativas del emperador para ganar su causa. « Condenar los *Tres capítulos*,

» decia el papa, ¿no es atacar indirectamente al concilio Calcedonense que no los ha tachado? — Quería que dichos » capítulos fuesen canónicamente examinados, para que, si » habia lugar, fuesen legítimamente anatematizados. » Por otra parte Justiano tomaba con sobrada pasion este negocio, y ya habia obligado al patriarca de Constantinopla, Menas, á suscribir el primero la *Profesion imperial de fe*. Estéban, diácono de la Iglesia romana, reprendió vivamente al patriarca por su debilidad, y le separó de su comunión. Sin embargo Justiniano trataba directamente con el papa del modo de terminar esta discusion viniendo á Constantinopla. Vigilio consintió, y llegó á esta capital en febrero de 547.

11. Su primer acto fué ratificar la sentencia dada contra el patriarca Menas [por su legado], y publicar un decreto de excomunion contra los Eutiquianos y sus adherentes. El papa procedió en seguida al exámen de los *Tres capítulos*, objeto de la discusion, en un concilio de setenta obispos reunidos en Constantinopla. Se descubrieron en ellos errores graves, y Vigilio en una acta que llamó *judicatum*, juicio, condenó los *Tres capítulos*, salva empero la autoridad del concilio Calcedonense. Pero los ánimos estaban sobrado irritados de ambas partes. Los enemigos de los *Tres capítulos* querian una condenacion pura, simple y sin restriccion ni reserva alguna : los que los sostenian, al contrario, se mostraron muy descontentos; y estos eran muy numerosos, pues que contaban en sus filas á los obispos del África, Algeria y Dalmacia. Dos diáconos agregados á la persona del papa en su viaje á Oriente, y que hasta entonces le habian sido muy afectos, se pronunciaron contra él y escribieron á las provincias que Vigilio habia abandonado al concilio Calcedonense.

12. Aurelio, obispo de Arles, nombrado anteriormente por Vigilio mismo, legado de la Santa Sede, habiendo recibido estas cartas, se apresuró á escribir al papa pidiéndole datos precisos de lo ocurrido. Vigilio le respondió que nada habia hecho contra los decretos de los papas, sus antecesores, ni menos contra los cuatro concilios ecuménicos. « Tú, que eres